

EL CAZADOR CAZADO O MUERTE DE HOLOFERNES (Judit 12,10-13,10a)

JOSÉ VÍLCHEZ

El libro de Judit llega a su punto culminante con el banquete que Holofernes celebra en honor de Judit. El relato consta de dos partes: la primera se dedica a la preparación del banquete (12,10-15); la segunda describe detalladamente la celebración del banquete y sus consecuencias transcendentales (12,16-13,10a).

1. Holofernes invita a Judit a un banquete íntimo: 12,10-15

Holofernes organiza en su tienda de campaña un banquete muy íntimo, con la aviesa intención de conquistar a Judit para disfrutar de ella. La escena preparatoria es modelo de narración: el estilo indirecto del narrador y el directo de los diálogos de los personajes están tan bien engarzados que la acción corre fluida y rápidamente, como en una buena obra cinematográfica.

Han pasado tres días desde que Judit llegó al campamento de los asirios y Holofernes aún no ha tenido ocasión de estar a solas con ella. Por esto Holofernes prepara la celebración de un banquete íntimo, al que sólo estarán invitados *sus servidores*, los que le acompañan día y noche, no los oficiales de alto y bajo rango, ni los funcionarios. El banquete es una buena excusa, una estratagema, para acercarse a Judit y hacerle caer en una trampa, como en seguida se verá.

Es muy probable que la iniciativa de celebrar el banquete la tuviera Bagoas, *que estaba al cuidado de todas las cosas* de Holofernes. Precisamente a él le encarga Holofernes que convenza a Judit *para que venga a comer y beber con ellos*. El eunuco Bagoas tenía la supervisión del harén de Holofernes; *a su cargo* estaba también Judit, aunque ella propiamente no perteneciera al harén de Holofernes.

En 12,12 se declara abiertamente la intención de Holofernes: *tener relaciones sexuales con ella*. El lector ya lo supone, y Judit sabía desde el principio a qué se exponía, al entregarse voluntariamente a los asirios; pero confiaba más en la seguridad de su estratagema y en la ayuda del Señor. Era una práctica común de los ejércitos el ejercicio de la violencia con los enemigos y, en especial, el de la

violación de las mujeres. Por esto Holofernes afirma con naturalidad que *sería una vergüenza para nosotros no aprovechar la ocasión de tener relaciones con ella*. Parece ser que el plan de Holofernes no implicaba hacer uso de la violencia física, al menos mientras fuera posible persuadir a Judit con la palabra. Pero el rudo general asirio está convencido de que Judit se reirá de ellos, si no son capaces de seducirla. Implícitamente es una apuesta en la que el orgullo y el amor propio de Holofernes están en juego frente a la debilidad de una mujer desamparada, que hasta se burlará de ellos, si no la seducen.

Bagoas, como un perro fiel a su amo, hace lo que le ordena Holofernes. Su comportamiento con Judit es sumamente respetuoso, refinado, pero propio de una Celestina. No le habla directamente en segunda persona, sino indirectamente en tercera, para que su intervención sea más suave e impersonal: *No tenga miedo esta joven hermosa*. Es como si una persona mayor se dirigiera a un niño pequeño y no quisiera asustarlo. En realidad Judit es joven, hermosa y está sola e indefensa en medio de un ejército enemigo. ¿Qué se puede esperar en estas circunstancias? Las suaves palabras de Bagoas son como un salvoconducto para que ella, sin miedo, se presente ante su señor, *para ser honrada en su presencia, para beber y alegrarse* con ellos en una fiesta casi familiar en la tienda de Holofernes. Pero las escogidas palabras de Bagoas ocultan una realidad muy diferente: lo que en lenguaje de Bagoas es un honor, en la mente del lector es una deshonra y una trampa que se tiende a Judit para que caiga en ella ingenuamente. El engaño lo recubre Bagoas magníficamente con el recuerdo de las hijas de los asirios: *en este día Judit será como una hija de los asirios*, tratada, por tanto, con el máximo respeto y cariño, y como una *de las que están en la casa de Nabucodonosor*, persona sagrada por pertenecer al harén del emperador. Bagoas cumple a la perfección el encargo que le ha hecho su señor.

La respuesta de Judit sólo se puede entender irónicamente; el sentido de sus palabras es equívoco: *¿Quién soy yo para contradecir a mi señor?* Bagoas lo entiende como aceptación gustosa de la invitación, que viene de parte de Holofernes, a quien Judit llama respetuosamente *mi señor*. La sentencia pertenece al lenguaje protocolario de la corte. *¿Quién soy yo?* se pregunta Judit, como se preguntó David, cuando Saúl le propuso que fuera su yerno (cf. 1 Sam 18,18). Judit se inclinaría humildemente ante Bagoas, al oír sus palabras. ¿Quién era ella para oponerse a la voluntad de su señor? Pero en su interior Judit está pensando en otra cosa. Es cierto que las circunstancias han hecho que Holofernes sea *su señor*; pero, al aceptar la invitación al banquete, no está pensando en no *contradecir* a su señor, sino en la posibilidad de acercarse a él para realizar su proyecto bien meditado, pero secreto.

Judit sigue hablando su lenguaje oculto, que sólo ella comprende de verdad. El Señor, al que no es capaz de contradecir Judit, no es Holofernes, sino su Dios, al que sirve en la tarea que ha emprendido. Por esto, la afirmación de Judit: *Haré en seguida lo que le agrade*, es de nuevo capciosa. En absoluto podría referirse

a la voluntad de Holofernes, como de hecho la entiende Bagoas; pero, desde el punto de vista de Judit y del lector judío, se comprende mejor si la referimos a la voluntad del Señor, su Dios. Cumplir esta voluntad es el ideal de Judit, como debe serlo el de todo verdadero israelita: *Esto será para mí un recuerdo feliz hasta el día de mi muerte*. El resto del libro es una confirmación de la veracidad de esta sentencia. El autor del libro, que conoce el desenlace, ha sabido crear un relato, que tiene, al menos, dos lecturas. Porque también comprende Bagoas que Judit, una vulgar prisionera, se entusiasme al ser invitada al banquete privado de su señor.

De las palabras se pasa a la acción. Judit se puso el mejor traje que había traído y *todo el adorno femenino*. Cuando decidió salir de Betulia y venir al campamento asirio, Judit «se puso una diadema y se vistió la ropa de fiesta que se ponía en vida de su marido, Manasés; se calzó las sandalias, se puso brazaletes, pulseras, anillos, pendientes y todas sus joyas» (10,3-4a). Ahora, como entonces, «quedaría bellísima, capaz de seducir a los hombres que la vieran» (10,9b). De hecho, Holofernes estaba locamente enamorado de ella (cf. 12,16).

La esclava de Judit, por su parte, *se adelantó* a Judit, y entró en la sala del banquete para preparar el lugar que había de ocupar Judit. Bagoas, el eunuco, había proveído a Judit de unas zaleas o *vellones de lana* para que se recostase cómodamente sobre ellos a la hora de comer. La doncella de Judit *çogió* estos *vellones de lana* y los *extendió por el suelo ante Holofernes*.

2. El banquete de Holofernes: 12,16-13,10a

Todo está a punto para comenzar el banquete de Holofernes. Hay una gran tensión en el ambiente. Los protagonistas esperan conseguir el cumplimiento de sus deseos. Pero no son los planes de Holofernes los que se van a cumplir, sino los de Judit; el cazador va a ser cazado.

Esta parte del relato se desarrolla en dos escenas bien diferenciadas en el espacio y en el tiempo. La primera, o banquete propiamente dicho, tiene lugar en el comedor (12,16-20); la segunda en el dormitorio de Holofernes (13,1-10a).

Primera parte: Holofernes come y bebe con exceso (12,16-20)

El banquete se celebra según el uso oriental: los comensales están reclinados alrededor de la mesa; Judit y Holofernes frente a frente. Todos comen y beben alegremente; Holofernes más que ninguno, pensando en que pronto se cumplirán sus ardientes deseos. La acción del relato se centra de tal modo en Judit y Holofernes que ignora los demás comensales presentes. El autor descubre sin rubor los sentimientos apasionados de Holofernes hacia Judit. Holofernes actúa neciamente; Judit, sin embargo, se muestra serena y dueña de sí misma y de las circunstancias; su actitud es sabia, prudente, astuta. Los resultados se verán en seguida.

Judit entra solemnemente en la sala del banquete. La ha precedido su esclava, que le ha preparado el lugar asignado por el anfitrión, Holofernes, para poder contemplarla bien y dirigirle la palabra con facilidad. Judit *se reclinó* sobre «los vellones de lana», que su doncella había extendido por el suelo. *El corazón de Holofernes se agitó por ella*: es la reacción espontánea del enamorado en presencia de la persona amada, o del que está cegado por la pasión sexual y tiene al alcance de la mano el objeto de sus ardientes deseos. El texto es inequívoco: Holofernes ardía en deseos de *acostarse con* Judit. La cercanía de Judit en la mesa hizo que se acelerara el ritmo del corazón de Holofernes y que le afectara hasta lo más íntimo de él: *su alma se estremeció*. La figura de Judit se convirtió en la sombra de Holofernes, llegar a conseguirla, en una aspiración permanente: *buscaba la ocasión de seducirla desde el día en que la vio*. Holofernes es hombre poderoso, fuerte, sin escrúpulos. ¿Cómo no ha conseguido ya lo que tanto desea, si su querer es poder? Aquí reside el interés y la fuerza atractiva del relato. Holofernes tiene materialmente a Judit en su poder, pero él desea que se le entregue voluntariamente. Para esto ha organizado un banquete y le ofrece lo mejor que tiene: comida, bebida, compañía respetuosa y toda una noche por delante.

Después de que el relator ha revelado los más hondos sentimientos del corazón de Holofernes, nos lo presenta ahora en animado diálogo con Judit. El diálogo es otro alarde narrativo del autor, en el que se enfrentan los dos protagonistas con sus dos estilos antagónicos: el directo e inequívoco de Holofernes; el equívoco, astuto, sibilino de Judit.

Holofernes invita a Judit a que participe sin timidez de la comida y bebida, que han preparado exquisitamente. El texto habla sólo de la bebida, pero es claro que el banquete consta también de alimentos sólidos. El autor relaciona la bebida con la alegría, por esto dice: *Bebe y alégrate con nosotros*. Judit responde afirmativamente: *Claro que beberé*, y guarda con todo respeto las formas, llamándolo *señor*. Judit nos ha acostumbrado a un lenguaje misterioso, hermético. En este momento pronuncia una sentencia, cuyo alcance no puede captar Holofernes: *Hoy es el día más grande de toda mi vida*. Para Judit éste es el día esperado, el soñado, desde que se comprometió solemnemente ante los jefes de Betulia a salvar la ciudad y al pueblo entero de Israel (cf. 8,32-34). Efectivamente, en este día Judit prevé que va a realizar la «acción que se comentará de generación en generación» (8,32). El autor piensa también en los cantos e himnos que ensalzarán a Judit como la gran heroína de Israel (cf. 15,9-10). Para Holofernes, sin embargo, las palabras de Judit son un cumplido a su persona. De ellas deduce Holofernes que Judit nunca se ha visto tan honrada como hoy, al ser invitada por él a un banquete íntimo; él, que es el general jefe del ejército más poderoso de la tierra, el amigo personal del emperador Nabucodonosor. Como ya hemos dicho, la ambigüedad del lenguaje de Judit está expresamente pretendi-

da por el autor, para que el interés de la narración no decaiga, sino que se mantenga hasta el final.

Judit *comió y bebió ante* Holofernes no de los manjares comunes del banquete, sino *de lo que había preparado su criada* por motivos religiosos.

«El corazón de Holofernes se agitó y su alma se estremeció» (12,16), al entrar Judit en la sala del banquete. Ahora, cuando la ve comer y beber y alegrarse con él, reclinada junto a la misma mesa, y tan cerca de él que hasta puede oler su perfume y sentir su respiración, *se alegró Holofernes por ella*. Se sentía tan feliz que perdió la cuenta del vino que bebía y, con ello, el control de sí mismo. Holofernes, soldado de profesión, de seguro que se habría embriagado en muchas ocasiones. En ésta, sin embargo, se superó a sí mismo: *bebió muchísimo vino, como nunca había bebido en un solo día en toda su vida*. Las consecuencias de este exceso, de esta barbaridad, no las podía prever ni Holofernes ni ninguno de sus consejeros más cercanos; sólo Judit, sobria y serena, las ve venir como desde una atalaya.

Segunda parte: Judit sola con Holofernes; lo decapita (13,1-10a)

El banquete se ha prolongado hasta altas horas de la noche. Bagoas, el eunuco, cómplice de Holofernes, procura que se queden solos en la tienda Holofernes y Judit; despide a todo el mundo y cierra la tienda por fuera. Por su parte Judit, con ayuda de su esclava, se asegura de que todo esté bajo control, especialmente su salida de la tienda. Confortada por la oración, Judit realiza la proeza de dar muerte al general Holofernes y así libera a su pueblo del peligro de aniquilación, que le amenazaba. El autor se recrea en la descripción de cada una de las acciones de Judit, hasta que la deja fuera de la tienda, camino del recinto de la ciudad y de la gloria imperecedera. La composición de la escena más importante del libro es perfecta.

En 13,1-4a es notable el ritmo acelerado que el autor ha querido dar a todas las acciones, como si tuviera mucha prisa y deseara que todo acabase lo antes posible. También es verdad que ya es muy tarde, que todos están cansados y, sobre todo, que aún no han conseguido estar solos Holofernes y Judit. *Los criados* o servidores del banquete, al terminar su tarea, *se retiraron en seguida*. Como Bagoas desea que nadie moleste a su señor durante el resto de la noche, cierra *la tienda por fuera*. Es tanta la seguridad que siente que ordena a la guardia personal de Holofernes *-los guardaespaldas-* que también se retiren a descansar. Ellos obedecieron de buena gana, pues *todos estaban cansados*: el banquete se había prolongado excesivamente y habían bebido demasiado.

El silencio en la tienda de Holofernes es absoluto: afuera no hay nadie, todos duermen en sus tiendas; dentro, Judit sola, pero bien despierta, y Holofernes *caído sobre su lecho*, completamente borracho: *pues el vino lo había inundado*, como si fuera una esponja empapada en vino. El autor acaba de decir que «bebió

muchísimo vino, como nunca había bebido en un solo día en toda su vida» (12,20).

Poco antes de que todos abandonaran la tienda de Holofernes, Judit *había ordenado a su esclava que se fuera de su alcoba*. La *alcoba*, a que hace referencia el texto, es la de Judit, no la de Holofernes en que ahora se encuentra. La doncella debería vigilar a la puerta de la tienda de Judit, y esperar a que ella saliera para ir a hacer la oración de costumbre. Judit había proyectado bien la estratagema de salir a orar por la noche, con los permisos correspondientes (cf. 11,17; 12,6-7). De esto tenía cabal conocimiento el eunuco Bagoas, sin cuya licencia nada se hacía alrededor de Holofernes (cf. 12,11). 13,4a confirma que las órdenes de Bagoas se han cumplido a rajatabla. *En la alcoba* de Holofernes no ha quedado *nadie, ni chico ni grande*, a excepción, claro está, de Holofernes y Judit.

El momento de la oración de Judit (13,4b-5) es el más importante en la vida de Judit, el que señala el centro de su existencia: su vida anterior se orienta a este momento; su futuro será glorioso por esta hora. El autor tiene conciencia de esto y de su solemnidad: Judit habla con Dios, en el que hasta ahora ha confiado a ciegas y vuelve a confiar.

Judit está firme, *de pie*, segura; sabe muy bien lo que hace; para esto se ha preparado, arriesgando su fama y su vida. Ahora que está en el apogeo de su empresa, *junto al lecho de Holofernes*, que yace inconsciente sobre su propio lecho, se dirige directamente a Dios en lo más íntimo de su corazón. Desde lo más hondo del alma de Judit brota, como un manantial, la confesión de su fe en el *Señor, Dios de todo poder*. No es nueva esta confesión en Judit (cf. cap. 9). *En esta hora*, en que se lo juega todo, Judit se siente sola e impotente. Por esto acude al que es su fortaleza, porque es todopoderoso, y le suplica que dirija su mirada complaciente *-mira-* a lo que va a hacer con sus propias manos. La motivación última, que empuja a Judit a realizar la «acción que se comentará de generación en generación» (8,32), no es la gloria personal, sino la *exaltación de Jerusalén*. Por *Jerusalén* entiende el autor todo el pueblo de Israel (cf. 10,8).

Judit está convencida de la importancia trascendental de este momento, importancia subrayada por la triple alusión a él: *en esta hora* (v. 4c); *ahora es el momento* (v. 5); «en este día» (v. 7b). *Ahora es el momento de ayudar a tu heredad*, si se elimina al enemigo número uno, Holofernes, que está caído sobre su lecho e inconsciente por la borrachera. El pueblo de Israel es la *heredad* del Señor, su propiedad (cf. 9,12). Judit continúa en su oración: *ahora también es el momento de cumplir mi plan secreto*, no revelado a nadie, pero bien meditado por mí (cf. 8,32-34; 9,10-14; 10,8). La realización de este plan lo ha concebido Judit *para exaltación de Jerusalén* (aspecto positivo) y, al mismo tiempo, *para ruina de los enemigos que se han levantado contra nosotros* (aspecto negativo). Es una escaramuza más, la principal sin duda, en un estado de guerra abierta.

Así, y no de otra manera, se ha de interpretar toda la intervención de Judit en el campamento de los asirios.

La oración ha transformado radicalmente a Judit. En ella no hay rastro de miedo, debilidad o duda. Judit actúa con decisión y firmeza. Las acciones se suceden con rapidez y casi automáticamente. Judit, que está «de pie junto al lecho de Holofernes» (13,4b), da un paso hacia la cabecera del lecho de Holofernes, flanqueado por unas columnas que sostienen «un dosel de púrpura y oro, recamado con esmeraldas y piedras preciosas» (10,21). De una de las columnas pendía la *espada* de Holofernes. Judit la *descolgó*, se la pasó a la mano derecha y, *acercándose al lecho*, donde yacía Holofernes profundamente dormido por los efectos del vino (cf. 13,2), *agarró la melena de la cabeza de Holofernes* con la mano izquierda, y oró al Señor, diciendo: *Dame fuerzas, Señor, Dios de Israel, en este día*. Judit pide al Señor no tanto fuerzas físicas, que las tenía más que suficientes para lo que iba a hacer, cuanto energía moral, entereza de ánimo, decisión. Dios es Señor de la vida y de la muerte (cf. Dt 32,39; 1 Sam 2,6; Tob 13,2; Sab 16,13); sólo él puede quitar una y dar otra. Si Judit va a matar a un hombre, es porque está segura de que lo que hace está conforme con la tradición de su pueblo y con la voluntad del Señor, Dios de Israel. Así que, reconfortada interiormente, *le asestó dos golpes en el cuello con todas sus fuerzas y le cortó la cabeza*. Para nuestra sensibilidad la acción de Judit es cruel, atroz, bárbara, injustificable; pero no podemos ni debemos sacarla de su contexto, para juzgarla.

El relato está calcado en modelos del Antiguo Testamento, donde la violencia extrema es ejercida por personas elevadas a la categoría de héroes nacionales. Según Jue 4, Débora y Barac vencen a Sísara, general del ejército del rey cananeo, Yabín, que desde hacía veinte años tiranizaba a los israelitas. Sísara huye y se esconde en la tienda de Yael, esposa de Jéber, el quenita. Mientras Sísara dormía confiado, Yael «agarró un clavo de la tienda, cogió un martillo en la mano, se le acercó de puntillas, y le hundió el clavo en la sien, atravesándolo hasta la tierra. Sísara, que dormía rendido, murió» (Jue 4,21). Así se cumplió lo que Débora había profetizado: «A Sísara lo pondrá el Señor en manos de una mujer» (Jue 4,9). En el canto de victoria de Débora se ensalza la acción de Yael con palabras que resonarán en el libro de Judit: «¡Bendita entre las mujeres Yael, mujer de Jéber, el quenita, bendita entre las que habitan tiendas! Agua le pidió, y le dió leche; en taza de príncipes le ofreció nata, con la izquierda agarró el clavo, con la derecha el martillo del obrero, golpeó a Sísara, machacándole el cráneo, lo destrozó atravesándole las sienes» (Jue 5,24-26).

En 1 Sam 17 se describe largamente el enfrentamiento entre el pequeño pastor de ovejas David y el gigante filisteo Goliat. David se acercó al filisteo, llevando solamente su cayado, cinco cantos del arroyo en el zurrón y su honda de pastor. Goliat lo despreció, «pero David le contestó: Tú vienes hacia mí armado de espada, lanza y jabalina; yo voy hacia ti, en nombre del Señor de los ejércitos, Dios de las huestes de Israel, a las que has desafiado. Hoy te entregará

el Señor en mis manos, te venceré, te arrancaré la cabeza de los hombros y echaré tu cadáver y los del campamento filisteo a las aves del cielo y a las fieras de la tierra... Cuando el filisteo se puso en marcha y se acercaba en dirección de David, éste salió de la formación y corrió velozmente en dirección del filisteo; echó mano al zurrón, sacó una piedra, disparó la honda y le pegó al filisteo en la frente, y cayó de bruces en tierra. Así venció David al filisteo, con la honda y una piedra; lo mató de un golpe, sin empuñar espada. David corrió y se paró junto al filisteo, le agarró la espada, la desenvainó y lo remató, cortándole la cabeza» (1 Sam 17,45-51).

A la rotundidad de la acción con que Judit separa la cabeza del cuerpo de Holofernes, se añaden en 13,9a dos apuntes de signo muy diverso. En el primero Judit hace rodar por el suelo el cuerpo decapitado de Holofernes (cf. 14,15), realidad humillante y símbolo de todo destronamiento. El segundo apunte es que Judit *arrancó el dosel de las columnas*, probablemente para liar con él la cabeza de Holofernes. Con el dosel en su poder Judit podía testimoniar el despojo de los enemigos (cf. 13,15) y que la victoria había que atribuirla al Señor, a quien ella consagraría este valioso trofeo (cf. 16,19).

La acción de Judit recuerda a todo fiel israelita las gestas antiguas, en las que ellos creían que se manifestaba la protección particular del Señor sobre su pueblo. Esta misma fe es la que alienta en Judit, al cortarle la cabeza al que amenazaba con cortársela a todos los habitantes de Betulia y de Jerusalén. Como en los relatos de Yael/Sísara y de David/Goliat, el de Judit pone de relieve, con categorías de su tiempo, lo que desea todo corazón recto: Que no sea el poder y la fuerza los que impongan su ley sobre la debilidad e indefensión, sino la razón y la justicia en todo momento y lugar.

Después de la muerte de Holofernes las dos mujeres corren grave peligro de muerte. Por esto la huida del campamento tiene lugar inmediatamente. Judit tarda muy poco tiempo en echar por el suelo el cuerpo de Holofernes, en esconder su cabeza en el preciado dosel, arrancado de su lecho, y en salir de la tienda de Holofernes, donde el eunuco Bagoas la había dejado sola con el general (cf. 13,2). Al salir, Judit *entregó a su doncella la cabeza de Holofernes*. La doncella, que estaba vigilando a la puerta de la tienda de Judit por mandato suyo (cf. 13,3), vino en seguida, recogió de manos de Judit el fardo que le entregaba y lo guardó *en la alforja de la comida*. Como no había tiempo que perder, se alejaron lo más rápidamente que pudieron de la tienda de Holofernes. Los guardias nocturnos del campamento no podían sospechar nada extraordinario en aquellas mujeres, que todas las noches hacían lo mismo: salir *las dos juntas para orar* en el barranco de Betulia y bañarse junto a la fuente de agua (cf. 12,7).

Eran altas horas de la noche, antes del amanecer (cf. 13,13), cuando Judit y su doncella abandonaron el campamento asirio camino de la libertad.